

Crítica a dos Críticos

Por JOSE DONOSO

AL MISMO TIEMPO han aparecido dos libros de crítica literaria, firmados por los dos críticos más prestigiosos de Chile: la segunda edición de la discutida "Historia Personal de la Literatura Chilena", de Hernán Díaz Arrieta (Alone), editado por Zig-Zag, y "Carnet Crítico", de Ricardo Latcham, editado en Montevideo. El primero es un grueso volumen que incluye la literatura chilena desde Alonso de Ercilla hasta Pablo Neruda, comprendiendo, además, a algunos poetas y prosistas jóvenes. El segundo es una serie de artículos firmados por Latcham, nuestro Embajador en Montevideo, aparecidos en "La Nación", de Santiago, "El Nacional", de Caracas, y "Marcha", la gran revista de Montevideo. La primera parte estudia a escritores latinoamericanos en general. La segunda continúa la literatura chilena donde Alone la deja. De este modo, ambos libros se complementan.

Los críticos chilenos ahora último están ampliando sus actividades. Ya no se conforman con la crónica en los diarios, percedera aunque importante, y se están preocupando de reunir su labor en libros. El año pasado apareció la "Historia de la Literatura Chilena", de Raúl Silva Castro, un grave almacenamiento de nombres y datos que pocos investigadores americanos se saben con la exactitud de Silva Castro, ahora en Es-

tados Unidos. El detalle del libro es justo y útil. Falla la visión de conjunto, el proceso intelectual que da vida a aquel material para colocarlo en una perspectiva crítica estimulante, ya sea justa o polémica. Los libros de Alone y Latcham son distintos en todo al de Silva Castro. Porque si bien se pueden decir cosas en contra de ambos, el público, por lo menos, no les escatimará una cualidad: ambos tienen una recia y bien definida

personalidad. En ambos casos es tanto el mérito como la debilidad de su obra, vista ahora en forma de libro.

"Historia Personal"

Al leer el libro de Alone, hay una cosa que salta inmediatamente a la vista: el evidente deleite del crítico en hacer lo que hace. Contrario a muchos, su profesión no le pesa, sino al contrario, es fuente para él de indudable deleite. Y es este deleite, que siente o que no siente, la vara para medir y para sopesar el valor de lo que tiene ante la vista. Por esto, la crítica de Alone tiene un carácter que a pesar de su extraordinaria forma —es uno de los grandes estilistas que escriben hoy prosa en Chile— da la impresión de agilidad amena, decididamente con un aire muy estudiado de "no profesional".



RICARDO LATCHAM
Invitación a lo desconocido.

Es una crítica literaria al alcance de todos, como si cualquier mortal con cultura y gusto que poseyera el instrumento finamente irónico de su estilo y de su mentalidad, se pusiera a escribir de lo que le gusta y no le gusta, seleccionara, midiera, prefiriera. Es esta falta de pedantería, tal vez, la que ha hecho de Alone, a través de una labor sostenida, crítica de 40 años de duración, uno de esos extraños fenómenos de nuestra literatura: un escritor popular.

El Dr. Johnson, en Inglaterra, en pleno siglo XVIII, y el hombre más culto y leído de su época, escribió: "I delight to concur with the common reader". (Me encanta estar de acuerdo con el lector común.) El "lector común", que alejándose de pedanterías, se acercaba a las obras literarias en busca de un deleite civilizado que no excluye, naturalmente, el terror, ni el asco, ni la violencia, ni los grandes y profundos pensamientos. La crítica de Hernán Díaz empalma con esta corriente —resucitada magistralmente por Virginia Woolf en sus dos libros de crítica: "The First and the Second Common Readers"—, en la cual el crítico no pontifica, no coloca a la literatura en una posición exaltada, extraña y esotérica, como la colocan los críticos eruditos, sino que presupone que a la

gente que le gusta simplemente la literatura, le gustará también oír una opinión directa y autorizada, libre de tecnicismos.

Leer la "Historia Personal de la Literatura Chilena" es esto: sostener una larga e informativa conversación con un aficionado a leer, que además resulta ser extraordinariamente informado. El adjetivo "Personal" está colocado en el título y describe lo que el libro es. Porque, básicamente, el adjetivo "personal" tiene la dimensión, más que nada, de una ironía, una ironía que el autor dirige tanto al público como a sí mismo. Parece querer decir: "No importa, las cosas no tienen un valor universal y eterno, todo es relativo —mi valor, mi juicio, mi obra—, así como los valores que en una época dada parecen sólidos." Es una actitud clásica, que se puede encontrar en el siglo XVIII. Sólo con el advenimiento del romanticismo, a fines del siglo, el escritor y el crítico llegaron a creer que lo que hacían era el centro mismo de la existencia de los hombres. La actitud del siglo XVIII era una actitud inteligente y civilizada, que, consciente del lugar del hombre, no la exageró. La actitud de Hernán Díaz es también civilizada e inteligente.

Las generaciones jóvenes de escritores chilenos piensan, sin embargo, que la actitud crítica de Alone no les da lo que ellos quisieran. Suspiran por una crítica "científica", por una crítica "comprometida". Pero, al decirlo, tampoco saben cómo hacer una crítica científica ni comprometida, más que en el vulgar sentido político, lo que es demasiado fácil y poco importante, porque entonces no se está hablando de literatura sino de otra cosa. Tal vez si lo que les hace falta en Alone es un dinamismo mayor en el sentido de que sus adjetivos de alabanza (delicioso, encantador, entretenido, etc.) no corresponden a una profunda sed existencial que siente la juventud de hoy frente a todas las manifestaciones artísticas y, especialmente, la literatura. Pero la historia "Personal" de Hernán Díaz Arrieta (Alone) es un libro que no debe faltar en una biblioteca chilena, a pesar de su frecuente arbitrariedad (concede 7 líneas a Sepúlveda Leyton; más espacio a Brandau, a Barquero, a Merino Reyes, que a Marta Brunet). Básicamente, porque es una lección en libertad y en gusto, la libertad del "lector común" de preferir lo que le parezca mejor, y el gusto de no considerar, por lo tanto, que él ha dicho la última palabra. Porque si esta "Historia" es personal, también es íntima, y leyéndola o usándola como libro de consulta, la literatura se desviste de sus paramentos oficiales y se transforma en amiga.

"Carnet Crítico"

Ricardo Latcham, en cambio, es un crítico que es sólo crítico, profesional hasta los huesos, que recorre la literatura hispanoamericana —de la que es una de las auténticas autoridades en el continente— agrupando en escue-



HERNÁN DIAZ
ARRIETA
*Deleite de hacer lo que
hace.*

las, comparando, midiendo, sacando conclusiones. Leyéndolo, uno no puede dejar de recordar a uno de los más grandes críticos contemporáneos, Lionel Trilling, en su afán de escarbar, de meterse dentro de las obras que discute y desarmarlas en piezas desde dentro. Tiene algo de la idiosincrasia de Alone —sin su admirable prosa ni finura estilística— y también algo de la erudición de Silva Castro, sin la inercia de éste.

El "Carnet Crítico" de Ricardo Latcham comprende 40 estudios breves sobre escritores más o menos contemporáneos. El mérito más sobresaliente del libro es su facultad de descubrimiento. Así como en Alone uno retrocede, al leerlo, hacia algo conocido, y es como una invitación a releer con hondura, el libro de Latcham es una invitación a lo desconocido. La mayor parte de los autores que figuran en su "Carnet Crítico", aunque sobradamente conocidos en sus propios países, son virtualmente desconocidos entre nosotros, fuera de una élite que se dedica a estos temas. Benedetti y Onetti, Márquez Salas y Guaramato, y muchísimos otros, serán para muchos nombres vistos por primera vez. La obra de Ricardo Latcham es como una primera obra crítica, fuera de los tratados de literatura latinoamericana como el de Anderson Imbert que son para estudiosos, que inicia el deshielo de la escarcha de desconocimiento mutuo, del aislamiento de los escritores de los distintos países latinoamericanos.

Latcham suele ser demasiado idiosincrático. Sus contradicciones, a veces dentro del mismo trozo crítico, son fruto de ella, y dan la impresión de ligereza. En conjunto, su grupo de artículos sobre los escritores de la generación joven de Chile, Enrique Lafourcade, Cristián Huneeus, Armando Casigoli, Fernando Rivas, Luis Alberto Heiremans, y otros, forman una valiosa contribución al conocimiento de lo que hoy sucede en las letras chilenas, y a pesar de estar en críticas separadas, forman un conjunto orgánico.